

gente sobrina, habrás comprendido, seguramente, que yo procuro ante todo administrar el esfuerzo del niño enseñándole las cosas lentamente, pero de una vez para siempre. Guío su joven espíritu como se guían las ramas de un árbol frutal, evitando que tenga demasiadas hojas y hasta demasiados frutos. Por eso me indigna ver en manos de un niño que está bajo la enseñanza primaria, tres o cuatro gramáticas francesas sucesivas; siete u ocho geografías y una docena de historias. ¿Es para favorecer a los libreros? Yo estimo mucho a esos señores, pero no quiero sacrificar a sus intereses los cerebros de los niños.

Por lo tanto, a los libros consagrados a la instrucción de Pedrito y Simona, les exigiré que sigan el sistema de progresión continua de nuestra enseñanza real. Primero una gramática muy elemental; al año siguiente la «misma» gramática, un poco más ampliada. Y así hasta el libro completo correspondiente a los conocimientos íntegros de la gramática, pero que será siempre «el mismo libro». Igualmente con la historia, la geografía, la aritmética, etc.

—Pero—me objetarán—, ¿existen esos libros?

Confieso que hay pocos que estén bien hechos, pero siendo de ampliación progresiva, basta para que tengan una singular fuerza de enseñanza. Porque en un espíritu joven, el cambio frecuente de alimentación intelectual produce un desorden lastimoso. El niño, más que el hombre, debe ser: «unius libri».

En definitiva, el único libro útil es el que va creciendo al par que el niño, como un pequeño compañero.

CARTA DECIMOSEXTA

Las maneras, la elegancia, el acento.—Elegancia del cuerpo.—La limpieza es una semivirtud.—Lo que hace más falta.—Gracia física del niño: cómo se la desarrolla.—Las aptitudes.—La indumentaria.—La coquetería.—Elegancia intelectual.—El espíritu, don divino.—Elegancia del ambiente escolar.—Ni exagerados, ni pedantes.

Un niño de diez años (o niña), robusto y ágil de miembros; acostumbrado al trabajo intelectual, sin exceso, pero exactamente metódico; cuya sensibilidad no esté atrofiada por los mismos ni cohibida por un régimen demasiado severo; que tenga corazón en los dos bellos sentidos de la palabra: bondad y valor, ¿no te parece, querida sobrina, que es un resultado del que puede enorgullecerse el educador?

Pues bien, no es bastante.

Queremos más.

Queremos que nuestros educandos posean esas cualidades, pero también que las lleven de manera de realzarlas, por decirlo así.

Para esto que quiero expresar, no hay ninguna palabra verdaderamente apropiada; hay una un poco débil: «la manera». Hay también otra, pero

tan maltratada por su adaptación a realidades lastimosas, que dudo servirme de ella: la palabra «elegancia». En fin, hay una tercera, muy buena, aunque un poco moderna en este sentido: es «el acento». Maneras, elegancia, acento, ya me comprendes, ¿verdad, Francisca? Yo quiero que Simona y Pedrito posean músculos elásticos; pero no quiero que a los diez años sean ni dos campesinos, ni dos campeones. Quiero que su salud, su fuerza, su agilidad sean para los demás un espectáculo agradable. Quiero que estudien con orden, atención y constancia. Dios me guarde, sin embargo, de sacar dos aprendices de pedantes, ni dos exagerados para las lecciones y los deberes. Deseo, en fin, que sean sensibles a las pasiones nobles, sensibles a las cosas hermosas; pero me desolaría que se exasperase su sensibilidad o se desviase: de modo que, constantemente, tendría que esforzarme por que conservasen «las maneras».

¿Cómo dar al cuerpo, al espíritu y al corazón este último aderezo de estilo raro, pero indispensable? Vamos a buscar juntos la manera; y no te ocultaré que este capítulo de nuestros coloquios me parece tanto más importante, cuanto que no figura, que yo sepa, en ningún tratado de educación.

* * *

La primera elegancia del cuerpo es la limpieza. Nuestros abuelos decían, graciosamente, que es una semivirtud, aunque ellos no la practicaban más que a medias. Ahora, en cambio, está muy de moda entre las clases acomodadas, al menos de palabra... Haría falta verlo... ¡Cuántas limpiezas

desaparecen de una casa francesa, aun pudientes, el día que se marcha la «nurse» inglesa! ¡Y en qué abandono de cuidados físicos (aun hoy que se alaban nuestros progresos) están los niños y niñas en los colegios! ¡En qué indiferencia, hasta las familias, se deja el cuerpo del niño en cuanto empieza a preocuparse de las lecciones, de los deberes, de las composiciones, de los exámenes!

Nosotros, lejos de aflojar nuestra disciplina en este punto esencial, vamos estrechándola a medida que los niños crecen; porque ya no se trata de cuidar el cuerpo del niño como se cuida el de un perrito de raza, sino de hacer que el niño se acostumbre a cuidar él mismo de su cuerpo. Esto se consigue por la continuidad, desarrollando poco a poco la iniciativa vigilada del sujeto. Los cuidados del cuerpo llegan a ser imperiosas necesidades, pero tomando la costumbre en edad temprana, porque si no se empieza a adquirirla hasta los diez y ocho o veinte años, choca uno con lo irreparable. Hay seres humanos que arrastran toda su vida la enfermedad de una uña descarnada, la molestia de una dentadura postiza o la fealdad de una calvicie porque no se les atendió bastante en su infancia.

Limpieza, semivirtud... La virtud completa es añadir cierto atractivo físico que haga al sujeto agradable a la vista de los demás. Sí, creemos que es de sabia educación no desdeñar los medios de avalorar los dones físicos y de corregir los defectos lo mejor posible. Y haremos de manera que el discípulo practique poco a poco esa avaloramiento, esa lucha contra la fealdad... El instante es propicio para mis dos pupilos. Entre los ocho años y la edad que hemos convenido llamar ingrata, los niños, si no están embrutecidos por exceso de

trabajo intelectual, suelen presentar un agradable aspecto. El busto, los brazos y las piernas se alargan; el rostro se afina. Ya no es el amorcillo moquetado y panzudo de los relieves Luis XV; es el pequeño Ganimedes o la ninfa infantil. Es, entonces, cuando alcanza el niño su perfección física, en esa «juventud de la infancia» de la que ya te he hablado, que dura poco y que pronto degenera en la edad ingrata.

Precisamente porque esta época es breve, aprovechémosla para dar al niño elegantes costumbres físicas. No se trata de hacer una coqueta o un petimetre. Se trata de expulsar los gestos bruscos, ridículos o sucios. Se trata de que sepan vestirse, peinarse, arreglarse las manos, de que sepan cuidar la ropa. Cuando Pedro y Simona tenían cinco años, yo pedía que les vistiesen con comodidad y amplitud, para que tuviesen entera libertad de movimientos; pero añadía que era un programa provisional. Ahora, quiero que sepan distinguir el traje de juego del de clase, el de paseo y el de ceremonia; esta distinción forma parte del orden esencial de la educación. En fin, me opongo tenazmente a que un niño de diez años salga del cuarto de vestirse sin asegurarse de que el traje y el peinado le «están bien». Quiero que se presente ante las personas sin torpezas, sin timideces ridículas, aunque tampoco con un aplomo exagerado.

El escollo de esta cultura es que se expone uno a desarrollar en el niño el «narcisismo». Por afán de hacerles tener buenas maneras, pueden caer en el amaneramiento. Pero es el caso de todas las disciplinas; hay que evitar el exceso. Al tiempo que se le inculca al niño la idea de la gracia y de la elegancia, debe convencerse de que la suprema elegancia es la sencillez. ¡Cuántos jóvenes

franceses no se vestirían de figurín, si siendo niños se hubiese censurado ante ellos la afectación! ¡Cuántas señoras francesas no harían tantas lamentables pamplinas si se las hubiese combatido desde niñas! A fuerza de burlas y pullas hemos conseguido quitar a Simona la costumbre que tenía de mirarse en todos los espejos, en todos los vidrios, en todas las superficies más o menos reflejantes. Combatamos, lo mismo en ella que en su primo, toda veleidad. Seamos intransigentes con el histrionismo. Queremos que el niño agrade si se le mira; pero no queremos que provoque la mirada.

* * *

De todos modos, querida sobrina, tú sabes que la elegancia física no es más que una parte de la elegancia, que a veces es una engañifa y que casi vale más no tenerla, si oculta la inelegancia del alma. También hay ciertos espíritus cultos que nos aburren y que nos hacen desear el encuentro y la conversación de un verdadero ignorante. Hace falta cultura intelectual, pero que tenga también «maneras».

Estas precisas «maneras» las da a veces la naturaleza, gratuitamente, a seres afortunados. Esos niños mimados tienen un sentido tan delicado, que evitan instintivamente todo lo que pueda ser desagradable a los demás. Estas personas poseen la mayor elegancia intelectual: el ingenio.

Pero, ¡ay! no se puede enseñar a los niños a tener ingenio. Tanto Pedro como Simona son inteligentes, despabilados, de trato agradable, pero ninguno de los dos se anuncia como una Sévigné o un Fontenelle. Enseñémosles, pues, al mismo

tiempo que cultivamos su inteligencia y su razón, el modo de que la inteligencia y la razón sean incapaces de ofuscar a los demás, y pueda perjudicarles a ellos mismos.

Por eso, empecemos por quitar a la cultura intelectual todo aspecto de aspereza, toda fealdad. Los viñadores del Medoc rodean de geranios, margaritas y begonias las hileras de sus famosas cepas, queriendo anunciar a los visitantes que tan nobles cultivos deben completarse con belleza. Imitémosles, Francisca. Rechacemos los usos escolares del pasado, la fealdad de los estudios, la desidia de los libros y las manchas de tinta en los dedos. Que nuestros alumnos lean su *La Fontaine* en una de esas elegantes ediciones que hoy se compran a buen precio, que trabajen sobre un pupitre bien tallado, vestidos con un mandil limpio sobre el traje también limpio, y en una habitación clara y risueña, adornada, si quieres, con buenos mapas y luminosas tablas cronológicas, pero animada también con grabados célebres, y, ¿por qué no?, con algunas flores, para imitar del todo a los viñadores del Medoc...

De ese lugar de estudio, de los pupitres y de sus libros cuidarán ellos mismos, y por lo tanto se debe procurar que sientan por todo ello cierto orgullo para que les agrade, conservar y embellecer su laboratorio intelectual más aún que la habitación donde sólo tienen que dormir... Y no vayas a figurarte que esta medida de estética no es del todo útil; es, por el contrario, una de las formas del orden. Los viñadores medocianos, gentes prácticas, saben que no se podrían festonear de macizos multicolores unas viñas mal colocadas o en un terreno en que creciesen cardos.

En ese claro y alegre laboratorio, el maestro,

vigilando el trabajo de los discípulos, hará una guerra encarnizada a las feas aptitudes de éstos. El trabajo no es para los hombres un goce, como para las abejas; pero, precisamente, una de las superioridades humanas es cumplir con alegre sencillez la ley del trabajo. Hay que trabajar con bonitas aptitudes, y estas aptitudes se aprenden. El «empollón» que estudia con la lengua fuera, salpicado de tinta hasta los ojos y que no suelta el libro ni cuando sus compañeros juegan, no saldrá nunca de la mediocridad, y, además, de una mediocridad fea.

Otra fealdad, otra inelegancia más desagradable todavía y de la que no suelen estar exentos los alumnos aventajados de los colegios, y a la que las muchachas instruídas tienen gran inclinación, es la pedantería. El niño inteligente, bien dirigido en su conquista de la ciencia, goza con encantadora sorpresa de sus adelantos y experimenta la necesidad ingenua de informar de ello a los demás y de darse importancia a los ojos del mundo. Hay que vigilar desde su aparición esas veleidades de gloria, ahogarlas enseguida con la ironía y, si es preciso, llegar hasta la humillación. Hay que persuadir al niño—aunque sea un alumno perfecto—de que no sabe nada. A veces, después de una serie de éxitos escolares, es conveniente poner al discípulo un tema que se sabe que no ha de poder hacer. En fin, es una ley formal la de prohibir a los niños que digan: «Yo sé esto»... «He hecho bien aquéllo»... Toda transgresión de esta ley es severamente castigada por las profesoras de Pedrito y Simona.

...Interrumpo aquí mi carta, ya muy larga, y dejo para la próxima vez la disertación de la más importante de las elegancias: la de la sensibilidad.